

Romain Rolland.

## EUROPA, ¡ENSANCHATE O MUERES!

RESPUESTA A GASTÓN RIOU

**E**L artículo de Gastón Riou con el cual se abre el primer número de la *Nouvelle Revue Mondiale* plantea una de las más graves cuestiones de la hora presente para los espíritus libres de Europa. Aunque afectado todavía por una fatigosa dolencia, me veo obligado a responderle sin tardanza. Excúsenme si mi pluma tal vez obedece imperfectamente a mi pensamiento.

Agradezco a Gastón Riou la amistosa cortesía con que se expresa respecto a mí. Pero se equivoca sobre mi verdadero carácter y sobre la acción que persigo. No es una razón si, en el curso de mi carrera literaria, he tratado de despertar las potencias del ensueño, las fuentes salvajes y profundas de la energía mística, musical o subconsciente, que duerme en el corazón del Occidente, para que haya el derecho de hacer de mí un sentimental que cierra los ojos a lo real y sueña en la Tierra Prometida. Soy un historiador, no sólo de oficio, sino de naturaleza, con la mirada sin ilusiones, habituado al espectáculo de las villanías y las perdiciones crónicas de la especie humana; un libre francés de las Galias que no se engaña con las

mentiras de la política con que los estados de todos los tiempos y de todos los países visten su sagrado egoísmo.

Si algunos de mis libros me han creado, por un éxito acaso desproporcionado responsabilidades morales frente a un público que espera de mí la comida, y si la preocupación de estas responsabilidades me ha obligado a menudo a medirle la parte de verdad que podía ingurgitar, no la mediré aquí a los compañeros intelectuales que forman, o deberían formar, el estado mayor del pensamiento democrático de Occidente, a la espera de los grandes combates.

Cuando rehusó asociarme a la *Paneuropa* del Conde Coudenhove-Kalergi y de M. Briand, a la cual Gastón Riou ha venido a aportar el cálido aflujo de su sangre generosa, no lo hago en nombre de una utopía, de una «Ciudad de Dios», que se hará en veinte siglos o que no se hará nunca. Se trata del terreno mismo en que ponemos los pies, del recinto amenazado en que nos hemos reunido, durante la vigilia de las armas. Se trata de los asaltos que sufriremos mañana.

Los intelectuales idealistas de la Liga *Francia-Europa* no se dan cuenta de ello suficientemente. Permítanme recordárselo. Si mis palabras les parecen a veces duras y amargas, les ruego perdonármelas. Porque yo he sido, como ellos cegado y engañado, hasta los últimos meses de 1914; porque yo, después, he descubierto el abominable engaño, es por lo que creo tener derecho de arrancarla de sus ojos.

Desde que ha sucedido en los grandes estados de Occidente y de América, porta-estandartes de la civilización blanca, la ideología democrática a la de los absolutismos monárquicos, la fuerza brutal y astuta de la política que gobierna al mundo ha sentido la necesidad de disfrazarse bajo la decoración de la pretendida voluntad de los pueblos, no consultados, y bajo la ideología de sus *élites* intelectuales, enga-

ñada. A decir verdad, aun en el tiempo del «poder absoluto», los amos han recurrido siempre a la mentira de los altos móviles: religión, patria, etc., para cubrir sus pasiones personales. Pero el contraste se marca más llamativo hoy entre el cinismo desvergonzado de las potencias del dinero que, en el hecho mueven a los estados y la ficción democrática, con sus sublimes fantasmas: Derecho, Justicia, Libertad, de las cuales ellos usan como estandarte y biombo.

Entre nosotros, compañeros: ¡no se engaña sino el que quiere! Nosotros lo sabemos muy bien: los pueblos de nuestras democracias no gobiernan nada y no conocen nada del gobierno. Pues su única fuente de informaciones es la prensa, hoy en día casi enteramente vendida a las potencias del dinero; y su energía de reacción crítica está reducida a cero. Nadie les ha enseñado a controlar y razonar las razones y los hechos, o mejor las pasiones ciegas y contradictorias que se les inoculan, a medida de las necesidades de los amos de la política. Es una educación difícil que, muy lejos de alentar, el estado prohíbe a sus profesores dar al pueblo, puesto que tal saber tendría como primer objeto abrir los ojos al pueblo sobre los abusos del estado. Y en cuanto a los libres intelectuales, que podrían y deberían ser hermanos mayores, son —¡ay!— incapaces de dar esta enseñanza a sus hermanos menores, puesto que su propia educación social está apenas más avanzada que la del pueblo y ellos son los primeros juguetes de las astucias del estado.

Cuando la guerra se libraba entre las dos mitades de la Europa, los dos campos tenían necesidad, para abrigar sus innobles connivencias secretas de partición del mundo (territorios y negocios), sus explotaciones y sus crímenes, de nobles voces que cantaran el himno a la patria y el puro sacrificio, la alegría heroica de la inmolación. No tuvieron que trabajar mucho para tenerlas. Yo sé con qué sinceridad y qué

abnegación los mejores de entre los intelectuales de nuestro desgraciado Occidente han cumplido su misión, al precio de qué sacrificios, sea de ellos mismos, sea de los suyos, y entre los universitarios, mis compañeros de ayer, qué abismos de duelo, ofrecidos al Dios Moloch, se les hacía invocar. Pero también sé, sé cuánto han sido engañados y cuántos engañados hicieron ellos. Y de haberlo dicho no me han perdonado.

¿Qué otra cosa habrían podido hacer?... En esos tiempos, cuando me desprendía yo mismo, lentamente, con trabajo y dolor, de todas las ilusiones que habían ligado mi juventud (mentiras de historia oficial, mentiras de las convenciones nacionales y sociales, de tradición y de Estado), comenzaba yo apenas a oír, con temblor, la respuesta libertadora que habrían debido dar los pueblos. Yo no me atreví a decirla. Ahora la diré. Es la de Lenin en 1917: la revuelta de los ejércitos de Europa contra los amos de la guerra, y su fraternización sobre los campos de batalla.

¡Pero no volvamos al pasado! Es una larga confesión, que debo escribir si me queda tiempo, pues ella podría servir a dar luz a las almas de los millares que llevan estos pensamientos, sin atreverse a ponerlos en claro. No hablemos más de ayer. El presente no basta. Hablemos del grande y temible hoy.

Los intelectuales generosos de la Francia de hoy, de los cuales Gastón Riou se hace el corifeo, entonan la nueva antífona: «¡Europa, mi patria!» Y no se dan cuenta de que sirven los intereses nuevos de los amos astutos del día (1).

(1) Hay hoy día dos corrientes que parecen opuestas en la política francesa: la de maneras fuertes, que pretende mantener por la violencia, y la de la mano de terciopelo, que trata de contratar con Europa una seguridad de paz, permitiendo a los vencedores una magnanimidad sin riesgos y sin gastos.

Entre las dos corrientes hay una diferencia de inteligencia política, pero no de espíritu nacional.

Una y otra profesan el Credo de la victoria y la intangibilidad de sus estatutos.

¿Qué quiere una política «realista» francesa? Conservar los beneficios de la victoria, sin los riesgos de verlos amenazados por una nueva guerra. Luego, establecer la paz y los estatutos de una Francia-Europa sobre la base de los tratados de 1919. Pero se guarda no mucho de examinar si estos tratados son justos o injustos, si reposan sobre un abominable abuso de la violencia triunfante, sobre un andamiaje de abusos intolerables y de iniquidades que se perpetúan. En el hecho, el *statu quo* establecido por los tratados de 1919 es insostenible para los dos tercios de Europa. Sufrimientos de los países vencidos, gritos de miseria para los cuales los informadores franceses se tapan las orejas; Alemania exasperada, cuya enorme energía que renace, hambrienta, no podrá soportar esta compresión más de uno o dos años, sin convulsiones sociales y nacionales que harán temblar al Occidente; torturas infligidas por los aliados de Francia como la Polonia de Pilsudsky, a los pueblos que ellos oprimen y a los partidos; Hungría reducida a la desesperación y empujada hasta el crimen, para sustraer su heroica raza a la tumba, etc... Es claro que tal Europa es un insulto a Europa, una irrisión criminal, y que el primer jefe de hordas, a lo Mussolini, que quiera arruinar la supremacía francesa, hará el mejor juego al juntarse con todos estos desesperados...

Si hay entre los «europeos», como Riou, un verdadero sentido «realista», como a ellos les gusta decir, que lo prueben, dejando de ser por más tiempo los bobos de una generosidad sólo verbal, que ofrece la paz al mundo después de haberse sentado encima y mientras la pisotea. Que ellos tomen la iniciativa de una revisión de la paz europea, ofreciendo todas las garantías de prudencia política, pero sincera, leal, y tratando de eliminar las peores injusticias y los fermentos de odios. Que sean tan lucidos y magná-

nimos como para buscar ellos mismos los errores y los engaños que su propio país ha causado a la Europa, y que ellos ofrezcan repararlos. Ciertamente, una revisión así, por mesurada que sea, produciría fatalmente fuertes sacrificios de parte de los vencedores. Sería necesario que se repartieran las cargas de la Europa arruinada. Y el que se arriesgara a predicar tal tesis a Francia no deberá esperar popularidad. Pero el que quiera la paz con el corazón y no sólo de los dientes para afuera, debe saber pagarla con su propio sacrificio. Pido que se abran grandes Cortes de Justicia Europeas, en que los representantes de los pueblos revisen lealmente en común las condiciones posibles de una convivencia. Hasta que ellas sean encontradas y aceptadas no sirve de nada repetir: «Europa». No hay Europa. Hay pueblos al aguaito, que roen sus cadenas. Hay otros que mantienen las cadenas. ¿Con cuáles está Ud.?

Esto no es sino el primer punto. Pasemos al segundo.

La preocupación, casi exclusiva de los «Europeos» de Occidente es, como es natural, el establecimiento durable de la paz en el Occidente, por la reconciliación franco-alemana. Y ciertamente la labor es grande; en ella he trabajado siempre. Pero la tarea es parcial. Y, para decir el fondo de mi pensamiento, su realización no es el principal problema del momento. El más grave de los riesgos no es, en la hora actual, el de un nuevo conflicto franco-alemán. Conozco demasiado a Alemania para creer que solas, las minorías gritonas, pero impotentes, piensen seriamente en una guerra nueva con Francia. Las condiciones económicas en que se encuentra el país hacen, en el hecho, imposible esa guerra. Y es bien curioso que el generalísimo de la guerra anterior, Ludendorff, inunde Alemania con sus opúsculos alucinados, a fin de alejarla de una guerra nueva en que, visto el estado actual de las cosas,

sería, como en la guerra de Treinta Años, el campo de batalla y de ruinas de Europa. De ese cementerio Ludendorff rehusa ser el sepulturero. Declara de antemano que si la guerra estalla, él no tomará parte. Las griterías de los hitleristas tienen menos que ver con la acción que con la intimidación. Todas estas agitaciones de los partidos políticos no son actualmente sino una mera parada de circo. Hoy el verdadero envite se juega en el interior del mundo de los negocios. Hace poco más de un año denunciaba yo violentamente, en la revista *Europe* (1), los tratados secretos, mantenidos desde varios años, entre Arnold Rechberg, el magnate de la potasa en Alemania, y los negociantes del nacionalismo francés, esos proyectos espantosos (confirmados públicamente por el mismo Rechberg) de una alianza militar franco-alemana, que permitiera a las grandes industrias alemanas revivir, asociando a sus beneficios a los capitanes de las industrias francesas. En la hora presente, se rumorea que estas negociaciones son más activas que nunca. Las grandes industrias alemanas, a las cuales la crisis económica actual no permite colocar en los armamentos capitales muy importantes, buscan la ayuda financiera de Francia para levantar la industria de guerra alemana, ofreciendo a Francia, con una parte de las utilidades, la ocasión de aumentar también los armamentos franceses. Estos monstruosos proyectos de asociación guerrera forman uno de los resortes secretos de la nueva Pan-Europa. Tengo curiosidad de saber lo que piensan de esto los intelectuales franceses de la Liga Francia-Europa y si ellos están dispuestos a coronarlos con sus flores. No les permito apartar los ojos de allí y no buscar por qué su Francia-Europa sería fatalmente arrastrada por tales protectores. Los dos más poderosos estados de Occidente

---

(1) *La Piraterie de la Paix; Europe*, Noviembre de 1929.



no reforzarán sus armamentos y sus ejércitos para quedarse con las armas al brazo. Esos vientres hambrientos buscan evidentemente presas, que en vista de no poder destrozar aisladamente, tratan de repartirse. ¿Dónde están las presas?... Gastón Riou, que me compara gentilmente a la María del Evangelio, la amada mística del Maestro, que, sentada a sus pies, sueña, con los ojos cerrados, toma para sí el papel de la buena Marta, la que hace la cocina del Maestro. ¿Gastón Riou ha levantado los ojos hacia el rostro del Señor? ¿Puede decirme quién es el amo? ¿Quién lo será mañana? ¿Será el Comité de las Fraguas o bien la Standard Oil y Sir Henry Deterding? Dudo de que la buena Marta no dé vuelta su cacerola, con un temblor de pánico, cuando vea quién ha tomado el sitio del señor amado y soñado. Yo que no he abdicado nunca del papel de María, pero cuya línea francesa se acerca más a Diderot que a Rousseau, soy un hombre sin amo y no delego en nadie el cuidado de guardar mi casa. Mi abuelo Colas Breugnon desde la infancia me ha enseñado la cuerda desconfianza de los corderos del Nivernais:

Moutons de Chamoux, n'en faut que trois pour étrangler un loup!... Pauvres moutons! Si nous n'avions à nous défendre que du loup, nous saurions bien nous en garder! Mais qui nous gardera du berger?

No duermo sino con un ojo, y vigilo, desde hace años, los manejos de los malos pastores para encarcelarla a la U. R. S. S., sus oscuras conclusiones con los blancos emigrados y los partidos de la reacción, nuestras misiones militares encargadas de organizar los ejércitos mercenarios de Polonia y de los Balkanes. El reciente proceso de Moscú no me ha enseñado nada que yo no sospechara; y, al hacer la parte de las exageraciones suplementarias, de las cuales los canallas como Ramzin, para salvar su cabeza, han podido



dar cuerpo a sus confesiones, el fondo de esas confesiones no es sino muy fácilmente verificable. La U. R. S. S. es la presa esperada. Si todos los planes contra ella hasta el presente han fracasado, es porque, para su felicidad, los grandes ladrones internacionales, los capitanes de las rapiñas anglo-germano-franceses, se han disputado torpemente la piel del oso, sin llegar a entenderse. Desde el día en que la inteligencia fuese lograda y en que se realizara el bloque europeo de negocios y de ejércitos, ¿se imagina que permanecería inactivo, frente al mundo soviético, que es socialmente su negación y cuyo éxito amenazaría su existencia?

Se lo pregunto a Riou: ¿qué posición tomaría él, él y sus amigos? ¿En qué campo? ¿Continuaría sirviendo ideológicamente al amo de los aceites y petróleos y el bloque de los negociantes de Occidente? ¿O bien qué haría? ¡Juego limpio! Yo despliego el mío. Si la U. R. S. S. es amenazada, cualquiera que sean sus enemigos, me pongo del lado de ella. No dejo de ver, y lo he dicho a menudo frente a lo que me parecían sus errores. Pero creo y sé que ella encarna la experiencia más heroica, la más sólida esperanza social del porvenir. Si ella desaparece, no me interesaría ya en el futuro de Europa. La juzgaría socialmente condenada para los siglos.

No es todo aun. Otro incendio llamea, a las puertas de nuestra casa. La bella Europa, de la cual Gastón Riou es el caballero servidor, se ha compuesto, para su corte de jóvenes enamorados, una cara ajena de hermosa niña de 1789, diosa razón de pechos florecidos, que lleva el nuevo Evangelio de los Derechos del Hombre. Pero ella tiene, bajo el colorete, otros rasgos menos amables; y el resto del mundo conoce su bocaza de tigre. Las democracias de hoy en día son Imperios (algunos dirían vampiros). Entre dos o

tres grandes fieras se han repartido los despojos de la tierra. Su apetito es inmenso. Se hartan con el oro y la sangre de pueblos veinte veces más numerosos que ellas. El leopardo británico tiene sus garras incrustadas en los flancos de la India y aun cuando no las puede retirar, tampoco puede vivir alejado de su presa. Nosotros los franceses que les hemos dejado tomar esa presa magnífica, en los tiempos del infortunado Lally y de Luis el Bien Amado, nos hemos indemnizado muy bien, después; y es notable que nuestra expansión imperial haya coincidido con el establecimiento de nuestra Tercera República. En «república», habría podido decir Victor Hugo, hay «publicanos». La gran República Romana ha sido el reino de los Grasos y de los Verres. Bien entendido, nosotros no nos hemos apropiado de un cuarto del planeta sino para llevarle el presente de nuestra civilización, nuestra cultura y nuestra lengua, que son, entre todas, las más bellas y las más perfectas. Pero nuestros felices pupilos tienen el mal espíritu de preferir las suyas. La ingratitude es, como se sabe, la ley de la vida. Y las grandes razas del Asia, que tienen la pretensión de revivir, no han dejado de tenerla hoy. El primero, el Japón, con la fuerza de las armas, se ha declarado mayor. La China, despertada, no se volverá a dormir. Y, consciente de su fuerza, la India de Gandhi acaba de dar la señal de la gran emancipación. El resto del Asia no tardará en seguirla, y nuestro imperio indochino ha manifestado ya los primeros estremecimientos, que los procónsules de nuestra democracia han, naturalmente, ahogado en sangre. El mismo temblor de despertar recorre el cuerpo inmenso del Islam, que cubre, de un extremo al otro, un tercio del antiguo continente.

La cuestión va a plantearse mañana, se plantea ya hoy mismo: ¿en qué lado van a colocarse? Gastón Riou y sus amigos. ¿Del lado del dios caucho, sin duda

flanqueado de su panteón, de su harem sagrado: las diosas Libertad, Luz del Espíritu, arte, ciencia, progreso, civilización? ¿O será del lado de los grandes hermanos del Asia y de Africa, que quieren romper sus cadenas? Prohibo andar con rodeos. Cuando se abra el duelo, que hace poco menos que inevitable el egoísmo ciego de Europa, ¿quiénes serán los soldados dóciles de los aventureros de Europa contra la independencia del mundo sublevado?

Por mi parte respondo, sin comprometer a nadie más, pero comprometiéndome yo entero: «Yo no seré soldado tuyo, Europa, si entras en ese monstruoso combate; marcharé contra ti, contra tu despotismo y tu rapacidad, para mis hermanos de la India, de la China, de la Indochina y de todas las naciones explotadas y oprimidas. Lo haré no sólo en nombre de la justicia y de los derechos sagrados que tú invocas mentirosamente en tus declaraciones ideológicas. Sino en nombre de la civilización misma, de la mayor civilización, de los progresos del espíritu humano ilimitado, puesto que su necesidad vital es, en la hora presente, ser enriquecido y renovado por el aporte intelectual y moral de esas razas magníficas, a las cuales siglos de rapiñas han podido extirpar el oro, pero que guardan intactos los tesoros espirituales de sus civilizaciones milenarias, hoy resucitadas».

Quiero, contra toda esperanza, esperar que estos grandes choques de pueblos puedan ser todavía evitados entre las dos mitades de la humanidad. Pero si terminan por producirse, estoy demasiado cerca de la muerte para disfrazar mi pensamiento. Digo a la U. R. S. S. de Lenin y digo al Asia de Sun-Yat-Sen y de Gandhi:

«Hermanos, contad conmigo. No soy sino un hombre solo, entre millones. Pero este hombre es, ha sido toda su vida, una voz libre de Occidente, la voz de los Juan Cristóbal y los Colas Breugnon, un libre

trabajador, hermano de los trabajadores libres del mundo, que quieren abrir el camino a la Unión del Trabajo universal, desprendido de prejuicios y de yugos de razas, de castas y de clases.»

Y digo a Europa:

«¡Ensánchate o mueres! ¡Desposa todas las fuerzas libres y nuevas de la tierra! Te ahogas en tu cascarón de ayer, glorioso, pero carcomido. ¡Arráncatelo! Respira y déjanos respirar. Tenemos necesidad de una casa, de una patria más grande que Europa».

Mi patria no es *ayer*. Mi patria es *mañana*... Y ya el angelus de mañana ha sonado.

Exclusivo para ATENEA en Chile.